

INTRODUCCIÓN

Werner Mackenbach

La historia literaria es una construcción y no una reconstrucción, los textos en sí mismos no garantizan una historicidad de la disciplina.

(Beatriz Sarlo, “Literatura e historia”)

[U]no es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

(Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Segunda Parte, Capítulo III)

¿Escribir una historia de las literaturas centroamericanas en estos tiempos posmodernos y poscoloniales? Sin lugar a dudas, ésta es una empresa tanto atrevida como arriesgada, en varios sentidos. Ya en el título mismo de este proyecto se encuentran expresados sintéticamente todos los problemas: historia–literatura–Centroamérica. La historiografía, ¿no ha perdido sus bases científicas frente a los cuestionamientos de los representantes del llamado *linguistic turn* como Hayden White y otros, y frente a las propuestas ahistóricas e incluso antihistóricas de los posestructuralistas? ¿No se encuentra la ciencia literaria en una situación

de profunda inseguridad en relación con su objeto de estudio, frente al desbordamiento del campo literario-cultural por los productos de alta tecnología (desde el cine hasta la cibernética pasando por la televisión) y frente al cuestionamiento de la literatura como pilar de los proyectos de construcción cultural de la nación? ¿Tiene sentido hablar de Centroamérica o América Central como una región formada por los actuales Estados nacionales de Guatemala, Belice, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, que a pesar de gozar en parte de una historia común, precisamente ahora, después de las muy diferentes experiencias de los años ochenta y noventa, parecen evolucionar por caminos distantes y contrapuestos?

Ante estos múltiples desafíos parece anacrónico que un grupo internacional de estudiosos de la literatura, cultura e historia de América Central se haya comprometido desde hace casi diez años con la tarea de producir una historia de las literaturas de esta región (sobre la génesis de este proyecto ver más abajo, punto IV). La presente publicación, primera en forma de libro, del Programa de Investigación “Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas” se enfrenta a estos desafíos con una serie de ensayos en los que principalmente se discuten aspectos metodológicos con un enfoque pragmático.¹ Es decir, esta publicación no pretende dar respuestas exhaustivas y mucho menos definitivas a cuestiones y problemas que durante las últimas décadas han dominado el devenir de las ciencias sociales y culturales y han generado un sinnúmero de propuestas y contribuciones. Más bien, su interés primordial es indagar en las repercusiones y consecuencias metodológicas de estos debates para la escritura de una historia de las producciones literarias de Centroamérica.

1. En el contexto del Programa de Investigación se han realizado varias publicaciones; entre ellas cabe mencionar los *Avances de Investigación: Material de trabajo / II Taller* (2004); N° 1: *Lecturas críticas de Historias de la literatura latinoamericana* (2005); y No 2: *La literatura religiosa en Centroamérica* (2005) publicados por el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), de la Universidad de Costa Rica, así como numerosos textos, documentos y materiales aparecidos en *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, ítem permanente “Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas” (www.denison.edu/istmo).

I

Una de las cuestiones fundamentales de un proyecto semejante es la de la relación entre historia y literatura y el lugar específico de la historiografía literaria. ¿Qué forma de narrativa/literatura es la historia y qué tipo de historia narra la literatura? Una respuesta a estas interrogantes acerca del estatus epistemológico de la narrativa en la historia como ciencia y de la historia en la literatura como ficción sólo puede ser encontrada en base a un análisis histórico-crítico de la historia como ciencia y de la literatura misma, es decir, tomando en cuenta las convenciones históricamente determinadas desde las cuales pensamos y delimitamos estos dos campos de la narrativa.

No cabe duda de que ambas disciplinas trabajan con recursos narrativos como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía (los famosos tropos de los que habla Hayden White) y organizan sus narraciones basándose en los cuatro modos de romance, comedia, tragedia y sátira (White). Para narrar realidades extraliterarias-fácticas, los famosos hechos históricos, tanto la ficción como la historia se valen de diferentes tipos de representación (*mimesis*) textual oscilando entre:

- 1) Una relación de correspondencia o de concordancia y conformidad, en la que la narración reproduce fielmente la realidad extratextual fáctica (por lo menos es su intención);
- 2) Una relación de similitud, en la que la narración “plantea un suceso o una serie de sucesos que de hecho no han sucedido en el mundo extraliterario fáctico, pero que bien hubieran podido suceder” (Dill *et al.* 18) –en este caso se ha hablado de ficción mimética;
- 3) Una relación de inverosimilitud que abarca diferentes variantes de ficción no mimética, fantástica e incluso antimimética (Dill *et al.* 18).

Es obvio que ambas disciplinas –la historia como ciencia y la literatura como ficción– se diferencian en su forma de recurrir a estos modos de representación. Se trata de la diferenciación entretanto ya clásica de Gérard Genette entre el discurso ficcional y diccional (véase Genette, cap. 1 y 3). Mientras que la historia tiene que privilegiar o más bien hacer uso exclusivo del primer modo, so pena de perder su estado científico, la literatura prefiere los otros modos, so pena de ser reducido a un mero texto documental o instrumental y así perder su literariedad (salvo en el caso de géneros o subgéneros “fronterizos” como el

testimonio, el relato de viaje, etc.).² La historia como ciencia está obligada a lograr la mayor correspondencia con los hechos extratextuales en su organización narrativa –en su construcción de la historia–, basándose en los más variados instrumentos de las ciencias sociales en sentido amplio. En contraposición, la literatura como ficción se define como tal por sus digresiones respecto a esta relación de correspondencia o conformidad, valiéndose de elementos inverosímiles, lúdicos y fantásticos, entre otros.

En el largo proceso de diferenciación y separación entre los dos tipos de narración, el histórico y el literario (el cual tomó forma con el establecimiento de la historia como ciencia social y la formación de un campo literario semiautónomo), constituyendo dos formaciones discursivas separadas del poder-Estado –un proceso que en América Central es relativamente reciente–, se han establecido diferentes convenciones acerca de la historia y la literatura. Lo que diferencia a la historiografía/la historia como ciencia de la literatura/la ficción en nuestro contexto histórico contemporáneo es, precisamente, lo que en los estudios literarios se ha llamado el contrato entre el autor y el lector.

De manera similar a lo que ocurre con el testimonio, en la historiografía se construye un “contrato de veracidad” (Craft 81) entre el autor/historiador y el lector. A diferencia del testimonio, en el caso del texto histórico-científico este contrato de veracidad no se basa en la (supuesta) autenticidad y representatividad del testimoniante (quien establece otro contrato de veracidad con el autor/compilador).³ Más bien, el texto histórico-científico se vale de su referencia exclusiva a fuentes históricas auténticas (es decir, realmente existentes) y de su análisis científico (haciendo uso de las más diferentes disciplinas, como la sociología, la demografía, la economía, la lingüística, la psicología, para sólo mencionar algunas). El texto/fuente es analizado desde la perspectiva exclusiva de su referencialidad y representatividad de hechos extratextuales, es decir, de los llamados sucesos históricos reales.

En contraposición, el contrato de lectura que se establece entre el autor y el lector en el caso de la literatura/ficción (también en el caso de una novela histórica) se basa en la aceptada ficcionalidad de lo

2. Sobre este problema, ver mi estudio acerca de la novela nicaragüense de los años ochenta y noventa (Mackenbach, *Die unbewobnte* 144-150, esp. 148).

3. Es obvio que en la *oral history* existe un contrato de lectura muy parecido al del testimonio.